

En el centenario de la muerte de José Victorino Lastarria La inextinguible idea de una sociedad más libre

Alfonso Calderón

Sady Zañartu, en una biografía de Lastarria, lo llama "el hombre solo" y, sin duda, lo fue, en cuanto no supo someterse a todo aquello que no lo condujera a una suma de actos derivados de la razón, ésa que extrañamente ilumina el pensamiento libre del siglo XVIII y, al mismo tiempo, lleva a la revolución francesa. José Victorino Lastarria nació en Rancagua el 22 de marzo de 1817. La ciudad-fénix se las iba arreglando para recuperar su voluntad de ser en el hacer. No vivió en hogar en donde la fortuna golpeará con demasiada frecuencia, para usar una atenuación discretísima. Su padre fue un comerciante "tan respetable como poco venturoso", según nos lo recuerdan los hermanos Arteaga Alemparte en *Los constituyentes de 1870*. Los incendios seguían con imperturbable continuidad al desventurado hombre de empresa hasta que por fin -según los ya citados hermanos, nuestros Goncourt- "se fatigó de perseguir una fortuna que, como las mariposas, se consumía entre las llamas".

Como si el hado se hubiese propuesto desanimarlo, don José Victorino supo que la pobreza capaz de cerrarle el paso se hallaba muy cerca de él. Más tarde le asaletaron "el desdén, la ojeriza, la desconfianza, la envidia, el odio" (Arteaga Alemparte) y, luego la desventura de la situación política, las tentaciones con las cuales el Poder trató de atraerlo. Hacia 1870 se veía de continuo "sitiado por hambre". Corpulento, no muy alto, con el mentón firme, la nariz ancha y la frente despejada, amén de un bigote que solía parecerse en ocasiones al de Napoleón III, aunque él habría exterminado a quien se lo hubiera dicho por esos años. Tenía -según Augusto Orrego Luco- un modo de andar en el que mostraba algo de solemne, resuelto y decidido. No perdía, a pesar del estrabismo moderado, una vista de águila que lo hacía fulminar olímpicamente al enemigo, al rival, al adversario o al contradictor, entidades reales a las que jamás confundía poniéndolas en el mismo saco. Los ojos oscuros daban la nota del fa sostenido en cuanto a prolongar los deseos de que el individuo que le parecía indigno de su afecto continuase habitando en el mismo mundo en que él vivía.

Como conversador, embutido en el chaqué oscuro, al que hacían compañía pantalones más claros, y moviendo -según el lugar en donde se hallase- el bastón con puño de oro, no solía tener poco rato al auditorio en meditación interior; lo avasallaba con argumentos y, si el caso lo requería, con términos que escapaban a la desconsideración de la prudencia codificada a que remite la profesión de abogado. Al polemizar, se desdulcificaba y -en el recuerdo de Orrego- "desaparecía de golpe la animación expresiva de su fisonomía, que quedaba casi inmóvil, impassible, glacial. La risa caía helada de sus labios. Sus palabras eran secas y escasas. Escucha con ese silencio de la indiferencia, que no distrae una preocupación interior, sino un detalle frívolo, la ceniza del cigarro, una mancha de la alfombra, las flores del em-

papelado, cualquier cosa. Su mirada esquiva, recelosa, se fijaba a veces bruscamente en su interlocutor, como si le hubiera sorprendido una palabra y quisiera escudriñar lo que encerraba y sorprender algo secreto."

El silencio del terror

No perdió, desde el momento en que hace la vela de armas de la literatura y el periodismo, de la cátedra y del sillón parlamentario, del ministerio y de los litigios, un sello de gran señor que se indigna por el estado de las cosas de este mundo, mediante un gesto de disgusto que puede ir desde el modo de la ira olímpica al desgarramiento interior que se advierte en el rostro. Escribió en diarios como *El Nuncio de la Guerra* (1837) y *El Diablo Político* (1839), dirigido éste por uno de los

hombres más sueltos de lengua y mordaces que haya conocido nuestro país: don Juan Nicolás Álvarez. Otras publicaciones hizo en *El Semanario de Santiago* y *El Crepúsculo*, *El Siglo* y la *Revista de Santiago*, terciando en asuntos de toda índole que se atuvieran al interés público y a los temas vitales para la idea del país que tuvo siempre.

Al llegar a Chile en 1829 don Andrés Bello, halla al país dividido en facciones irreconciliables y se lamenta del porvenir. Un año más tarde, la gran lucha global en las ideas y en los campos de batalla sella la suerte del liberalismo, tras Loncomilla y los sedicentes acuerdos del Tratado de paz, por los días de Lircay. El país pareció terminar con lo que la historia conservadora bautizó impunemente como el período de la anarquía. ¿Era, en ver-

dad, el reencuentro de los chilenos, el comienzo de una suerte de paz octaviana criolla? ¿Se ponía fin, acaso, a la querrela antiquísima entre las ideas de retaguardia y aquellas de vanguardia que, más tarde, habrán también de convertirse en el pensamiento de las retaguardias?

En sus *Recuerdos literarios*, Lastarria va a rememorar los tiempos en que se pone en circulación la Constitución de 1833. "La reacción de 1830 -escribe- trajo el silencio del terror. Los que habían intentado bosquejar la organización de una república democrática y fundar el derecho público del país, para que se gobernara por sí mismo, habían sido vencidos, aniquilados, excluidos de la asociación política; y en su lugar se había creado una oligarquía gobernante, sumisa a las voluntades de la dictadura, sin acción ni iniciativa, y sin más poder que el de aplaudir y aprobar. La independencia de juicio, la espontaneidad, los vírgenes entusiasmos del patriotismo, la aspiración a la vida pública, tuvieron que someterse a una moral ficticia y a conveniencias políticas, que justificaban los más duros y arbitrarios castigos sobre los rebeldes, o las más ultrajantes burlas y sarcasmos contra los que se atrevían a tener otra moral, otra opinión u otro modo de apreciar aquellas conveniencias, aunque no ofendieran los intereses de la dictadura. Tal sistema tenía su sanción en la nueva Constitución Política, su práctica se afianzaba en la fidelidad con que sus autores la ejecutaban, sin excusar medios, y amparándose en aquel código hasta para erigir por simples decretos dictatoriales el cadalso contra los que aspiraban a tener derechos."

Entre el vacío y la vitalidad

Muy poco dado a reputar la autoridad como cuestión útil, necesaria y digna de alabanza, expresa Lastarria algo que vale la pena tener en cuenta para entenderlo a cabalidad en sus discretas malas relaciones con el poder: "nuestra naturaleza tiene un insünto de equidad que, bien cultivado, se convierte en el sentimiento de lo justo", escribe. La moral autoritaria tiene a sus ojos de liberal una "compañera inseparable en la arbitrariedad de todo poder", lo cual permite enseñorearse al terror que se halla en su elemento "como la boa en los pestilentes fangos de la zona tórrida", abriendo paso a dos actos finalistas, los de "callar y llorar". Más tarde, en el reniego de la autoridad, Lastarria se pondrá en mal trato con Dios, hasta que decidió -al decir de Luis Oyarzún- ir borrándolo de su filosofía, para "no dejarlo en sus últimas obras sino como una idea o imagen social que determina en la vida colectiva ciertos fenómenos que el político debe considerar con respeto, como manifestaciones que son de la libertad del hombre".

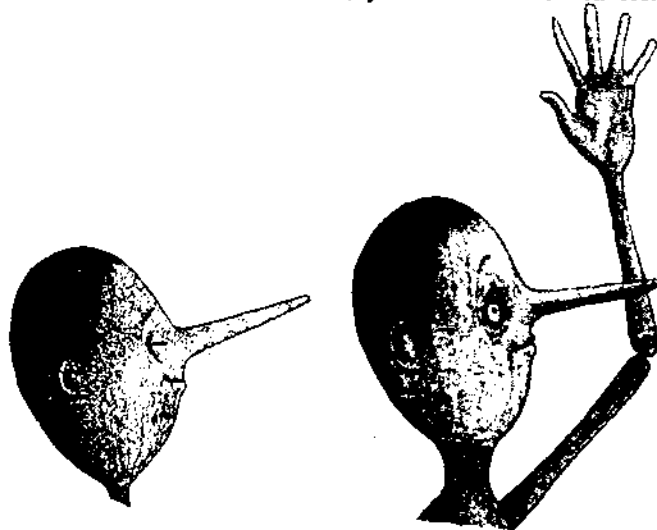
Su imagen del mundo que le era familiar, el de los periódicos y las publicaciones, aparece amagada por los principios prácticos de los pelucones. Sin embargo, dispara perdigonazos para más de un lado. Hacia 1836, según habrá de explicar, lamenta la resonancia relativa que la política tiene en la prensa y advierte acerca del carácter intermitente que posee. Trata de analizar las razones y concluye que "el Gobierno había dejado en pie la Ley de Imprenta del Partido Liberal, y su Constitución sancionaba el

derecho de publicar las opiniones; pero él se reservaba el de perseguir a los que publicaban pensamientos que alterasen el orden público; y, fiando más en el vacío que el país hacía alrededor de las publicaciones políticas, por falta de afición a la lectura, por miedo, o casi siempre por la impotencia e incapacidad de aquellas para inspirar interés, las dejaba aparecer para verlas morir de consunción o para matarlas si tenían alguna vitalidad".

La palabra de moda

¿Todo el mundo tenía esta imagen del país? La verdad es que, en el fondo, continuaba Chile dividido en facciones que, por momentos, se encontraban en asonadas menores, en levantamientos, en sátiras a los gobernantes y -como es hábito nuestro- en las reuniones sociales de la clase alta, porque el pueblo real no existía en el terreno político. Sin embargo, nadie podía apartarse impunemente "de la compostura de palabras y costumbres de que daban el modelo los vástagos de la oligarquía", anota Lastarria. Lo importante era sentar plaza de "callado", como decía Vicuña Mackenna, en tanto hablaba hasta por los codos. En el fondo, se sobrevivía bien si las personas daban en convertirse en invisibles, quitándose de bulla. No había que poner obstáculos ni tratar de adquirir notoriedad si no se pensaba de acuerdo con las ideas encarnadas. Se permitía, por cierto, como lo recordaba Lastarria, que la juventud jugara al billar en los cafés; pasara por los Tajamares durante el invierno, y cortejara y fuese cortejada en el verano, en las tardes y en las noches del verano, hasta que la hora del Angelus anunciaba el fin de la jornada.

El camino de las nuevas ideas se había venido pavimentando en la década del cuarenta, mediante el efecto de un libro que todos leían: *Historia de los girondinos*, de Lamartine, cotizado en oro como mercadería de incalculable valor. Era, al decir de Sady Zañartu, "el libro de las profecías, como los Evangelios, y su lectura irradiaba en los ojos del criollo la gloria deslumbrante del semidios del romanticismo". Eran los días en que Monvoisin retrataba a todos los que se pudiesen por delante, con promesa de



pago fijo (aunque, como consta en un diario de la época, debía recordar en avisos constantes a los criollos ricos, renuentes a aflojar la bolsa, que retirasen las pinturas desde su taller y llevasen dinero "chivateado", según la expresión de Vicuña Mackenna). Casacuberta era la figura teatral del momento; la Pantanelli cantaba *Norma*, de Bellini, en el Teatro de la Universidad; la palabra de moda era progreso, y ya el primer Subercasaux, asomado en su casa, enfrente de lo que hoy es el Teatro Municipal, gritaba, en francés por cierto: *pays de sauvages*.

El mejor juez

Lastarria no ama en exceso lo pintoresco, y una síntesis como la anterior le hubiera causado la sensación de hallarse entre ociosos de buen tono que discurrían milagrosamente sobre nada. El espíritu conservador en el ejercicio del poder, eso sí que le parece digno de su interés, en un momento en que aún no se calificaba al pensamiento de los pelucones como "acrisolado". Lo cierto es que la sola mención de la palabra "orden" le hace padecer un terremoto cuyo epicentro se fija en él. Estima el vocablo como "una palabra mágica que para la opinión pública representaba la tranquilidad que facilita el curso de los negocios, con más la quietud que ahorra sobresaltos, conciliando la paz del hogar y de las calles; y que para los estadistas y los politiqueros significaba el imperio del poder arbitrario y despótico, es decir,

la posesión política del poder absoluto que en los tranquilos tiempos de la Colonia usufructuaban los seides del rey de España. Todas las instituciones políticas y las leyes secundarias, todas las doctrinas y las prácticas gubernativas se dirigían a conseguir y a afianzar aquel gran fin."

Movido por la pasión de ver y rever lo que nos toca en suerte vivir, Lastarria se las arregla para estar en todo, para dar opinión y cuenta de lo que constituye el ser de un país. Sin duda, en los momentos en que concibe la idea de una sociedad más libre, piensa en el peso que para él tuvo el coloniaje o el fruto de ideas que no contribuyeron a fijar una fisonomía propia, sino una cultura de mestizaje. Por eso, reclama en la Sociedad de la Igualdad, en el periódico o en los cabildos de los escritores, una literatura nacional, ésa que ve encapsulada en fórmulas muy claras, que permitirán más tarde el surgimiento de una gran literatura criolla, que Mariano Latorre

supo definir con pasión de amante en su pequeño ensayo en donde concibe la idea de un "Chile, país de rincones", en el que define los rasgos de un programa unitario para nuestro carácter insular y desintegrado.

Para don José Victorino Lastarria, la nacionalidad de una literatura es cuestión imprescindible, pues si no nos atenemos a la expresión de nuestros rasgos, haremos una síntesis que no le satisface plenamente. "Debemos poseer "una vida propia", y en ella se habrán de encontrar los elementos peculiares "del pueblo que la posee", tratando de conservar de modo fiel "la estampa de su carácter". Naturalmente, llevado por una idea de la sociedad, quiere evitar que la cultura corresponda a una noción exclusiva, a los cánones del saber canónico o del arte que acuna sueños de orden. "Es preciso -afirma tajantemente- que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, por-

DULCE Y GRASA

"Durante la jornada de ayer hubo violencia, pero también escenas que no se observaban desde hace años. En el sector de la 'Llama de la Libertad' una mujer abrazó a un carabiniero. El uniformado la estrechó y ambos lloraron, mientras otros policías evidenciaban su emoción. El hecho se registró cerca de las 16:00 horas cuando fuerzas especiales de Carabineros custodiaban el lugar y cientos de manifestantes intentaban llegar a La Moneda para vitorear su victoria plebiscitaria. En la tarde, esos mismos uniformados golpearon violentamente a periodistas nacionales y corresponsales extranjeros."

La Epoca, 7 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

ESPACIO SIN ALMUERZO

".. una mujer sollozante increpó a los carabineros: 'nosotros somos chilenos, ustedes también y en este país hay espacio para todos'. Uno de los uniformados respondió: 'sí, yo también soy chileno y estoy aquí desde las doce y no he almorzado'. Ella, sin poder contener las lágrimas, lo abrazó y ambos lloraron, en tanto manifestantes y carabineros hacían esfuerzos por controlar su emoción."

La Epoca, 7 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

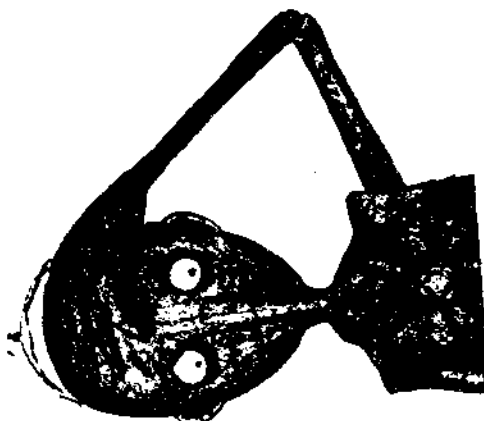


que entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos."

Rechazando la perversa doctrina

En el discurso de la Sociedad Literaria (3 de mayo de 1842) Lastarria al fijar su posición deja en claro los anhelos de cambio de guardia en la estética y en la cultura de su tiempo. Lo cierto es que el anhelo germinal, de algún modo, había partido con el trabajo tenaz de Andrés Bello (quien traduce el drama *Teresa*, de Dumas, una pieza ejemplar del ensueño romántico, que habrá de ser representada en Santiago). El eclecticismo de Bello no era un sistema de acomodación con los unos y con los otros, sino un modo razonable de magisterio que excluye la ruptura y concibe la continuidad, la evolución, la síntesis como rasgos verdaderos de una forma que aspira a normalizar el efecto de los relevos o cambios de guardia en la historia del arte.

Las polémicas entre Bello y sus discípulos, entre los escritores chilenos y los migrantes argentinos (Sarmiento, Mitre, Alberdi, Vicente Fidel López) produce una revolución literaria. Desde los modos expresivos a la teoría del lenguaje, desde el habla cotidiana al rigorismo doctrinal; desde el arte nuevo a las ideas nuevas; desde la concepción del espectáculo a la noción de sociedad: todo va a las páginas



de los periódicos. Y no pocas veces, Lastarria dispara certero, aunque, en más de una ocasión se nota inenotablemente seguro que Santiago Artos o que Jota-beche, un cronista de costumbres que se ríe a mandíbula batiente cuando califica a Sarmiento de "anti-Cristo literario": Lastarria no pierde ocasión de atacar los pilares del sistema. Advierte que es indispensable retomar la línea verdadera de la educación, a la que estima hundida en un precipicio, y cree que es necesario reparar lo que un esquema político ha causado, rechazando "la perversa doctrina que hacía consistir el progreso social en el desarrollo material y en el predominio de la riqueza, como únicos elementos de orden político".

A falta de un esqueleto

Así, en las cabezas de los adalides del romanticismo criollo, se instala proteicamente Pallas Atenea. En las óperas basadas en los textos de Víctor Hugo, en los anticipos de un Risorgimento italiano que alborea sin tener aún extensión patrimonial, en los sucesos de la Francia, de 1830 y de 1848, los jóvenes comienzan a hallar pares en esos héroes que absurdamente —como dijo alguna vez el actor Jean Gabin a Marlene Dietrich, que insistía en llevarlo a la ópera— mueren cantando a todo pulmón, y muchos de ellos expresando su amor sin dilación ni tapujos a la Libertad. Es el tiempo en que se le dice a la patria: "¡Mía o de nadie!" Lastarria está en todas partes y aún se da maña para ser el primer cuentista, novelista en clave, memorialista, cronista de costumbres, divulgador científico.

No se puede dejar de mano su talento en la composición de retablos humanos en los que pone el detalle menor, la nota zumbona y el efecto. Así, no hay mejor escena íntima en que aparezca don Andrés Bello que una en la cual conversan él y Simón Rodríguez, uno de los más insignes excéntricos de los muchos que ha tenido este país. Ambos fueron maestros de Simón Bolívar, pero, en tanto Bello lo nutría de los clásicos, le domaba el afán de un quehacer belicoso, pidiéndole, en cambio, disfrutar con el respeto por las ideas y los principios plurales, Rodríguez le hacía clases al héroe, nadando junto a él y dándole a conocer los textos de Juan Jacobo Rousseau. Rodríguez fue quien, enojado con la Iglesia por el afán de ésta en prodigar nombres de santos, bautizó a sus hijos como Tecla y Choclo o, en un acto de terrorismo privado, se exhibió desnudo en Valparaíso, en lo que hoy es la Plaza Victoria, con el fin de enseñar directamente anatomía a sus alumnos, a falta de un esqueleto demostrativo y descarnado.

Allí comienza la línea

He aquí la instantánea dejada de los dos viejos insignes. "El espacioso salón estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, y en un extremo, en un sillón más inmediato a una mesa de arrimo, en que había una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo derecho sobre el mármol, como para sostenerse, y su cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simón estaba de pie, con un aspecto casi severo. Vestía chaqueta y pantalón de nanquín, como el que usaban entonces los artesanos, pero ya muy desvaído por el uso. Era un viejo enjuto, transparente, cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y de ancha frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera y agradable. Describía el banquete que él había dado en La Paz al vencedor de Ayacucho y a todo su estado mayor, empleando una vajilla abigarrada, en que por fuentes aparecía una colección de orinales de loza nuevos y arrendados al efecto en una locería. Esta narración, hecha con la seriedad que da una limpia conciencia, era la que había excitado la hilaridad

poco común del señor Bello, y le hacía aparecer con la trepidación del que llora.”

No sabía Lastarria de términos medios. O se entregaba a la redacción de un libro por un tiempo muy largo, tratando de ponerlo todo en él, o en un envión soltaba una tesis que reputaba como si fuese oro. Lo cierto es que al decir en el Parlamento que tenía talento y lo lucía, no hizo sino validar su yo con la majestad de un emperador romano. Se sabe que un texto como *La América* (1865) lo dictó en algo más de veinte días. Allí comienza la línea de los escritores que lamentan el descuido con que nos observan los europeos, llenándolo todo de loros gárrulos, de generales de opereta, de bastas mujeres cuyas grupas pueden provocar eclipses totales o de esquimas redondas en las que campea la calle luchando por sus fueros en desmedro de un mundo en donde existe la línea recta como signo universal. Lastarria escribe en este libro: “El mundo europeo ha puesto más interés en estudiar nuestros volcanes que nuestras

sociedades; conoce mejor nuestros insectos que nuestra literatura; más los caimanes de nuestros ríos que los actos de nuestros estadistas; y tiene mayor erudición respecto del corte de la quina y el modo de salar los cueros en Buenos Aires, que respecto de la vitalidad de nuestra democracia infantil.”

Algunas de las claves

El 14 de junio de 1988, en tanto un recién llegado que se llamaba Rubén Darío cambiaba la poseía con su libro *Azul*, y juntaba dinero en su trabajo

simbólico de la Aduana de Valparaíso, el cual le habría de permitir la compra del más bello sobretodo que pueda imaginarse (ése que, años más tarde, regaló en París a Verlaine, quien, cuando Darío le gritó exaltado, en un café del Barrio Latino: *la gloire!*, había replicado simplemente: *la gloire? merde!*), Lastarria murió en Santiago. Tuvo en sus manos, hasta el último día, algunas de las claves de nuestra sociedad. Al releerlo, nos releemos todos y lo mismo hacemos con el país, este largo país que el poeta Raúl Rivera ha visto “con forma de hijo”. ☒



PRUEBA DE DIOS

“Lucía Pinochet Hiriart, quien permaneció junto a su padre hasta el final de la jornada del 5 de octubre, dijo que el resultado del plebiscito fue ‘una desilusión, porque yo nunca pensé que esto iba a suceder [...] Esta es una batalla. Dios de repente nos pone pruebas que solamente nos robustecen el espíritu. Vamos a seguir adelante, el gobierno no se acaba’.”

La Epoca, 7 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

CON TODO EMPEÑO

“Tras anular un cambio de gabinete programado inicialmente para las 18 horas y luego para las 11:30 horas de hoy, el general Augusto Pinochet entregó anoche un mensaje al país por cadena nacional de radio y televisión [...] Minutos antes de su intervención, un apagón oscureció las calles de Santiago, repletas de manifestantes que celebraban el triunfo del *no*.”

‘Reconozco y acepto el veredicto mayoritario expresado en el día de ayer por la ciudadanía.

[...] las FF.AA. y las fuerzas de Orden mantienen incólume su compromiso con los principios inspiradores de la gloriosa gesta del 11 de septiembre de 1973.

[...] En el reciente plebiscito no estaba en juego el ideario ni el itinerario constitucional trazado...

[...] El presidente de la República que les habla y su gobierno seguirán trabajando con todo empeño en la gran causa de servir a Chile. Continuaremos adelante con los programas que nos hemos trazado.”

La Epoca, 7 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

NEGADO ANTES

“Con un multitudinario acto denominado ‘Fiesta por la democracia y la reconciliación’, el pueblo de Santiago celebró ayer el triunfo obtenido por el *no* en el plebiscito. La concentración se realizó en el Parque O’Higgins, el mismo recinto que el gobierno negó a la oposición para que cerrara su campaña el sábado pasado. La de ayer fue una jornada de alborozo...”

Lectura de foto en toda la primera plana de *La Epoca*, 8 de octubre de 1988, Santiago de Chile.